



Andrés Chénier

El joven enfermo

(Traducción de Marcelino Menéndez y Pelayo)

Apollon, Dieu sauveur, dieu des savants mystères.

«Apolo salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Pytón, joven, triunfante,
Apiádate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre, en lágrimas bañada,
Que sólo por él vive y moriría
Si perdiese la lumbre de sus ojos;
Que no ha vivido para verle muerto...
Su juventud ampara, joven eres,
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.
Si logra libertarse del sepulcro
Y al Ménalo tornar con su rebaño,
Mis arrugadas manos, de tu estatua

Suspenderán al pie, de onyx la copa,
Y, cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.

¿Siempre, hijo mío, tu silencio triste
Inflexible será? ¿Matarme quieres?
¿En mi cana vejez abandonarme?
¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo
A las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de ti tales cuidados;
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regases tú con lágrimas y besos.
Hijo mío, ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»

-«Adiós, madre, me muero... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada;
Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa... Con trabajo
Respiro apenas, e imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más... adiós... me ofende el lecho,
El peso del tapiz... me oprime todo...
Ayúdame a morir, ponme de lado...
¡Ah! ya expiro... dolor...»

-«Tente, hijo mío;
Toma esta copa, esta bebida apura;
Su calor te dará fuerzas y vida;
La adormidera, el dicitamo y la malva
Y mil potentes zumos que dan sueño
Vertió a mi ruego en el hirviente vaso
La Tésala hechicera. Ya tres giros
Ha dado el sol, sin que tu boca a Ceres
Ni tus ojos el sueño conocieran.
Toma, hijo mío, ríndete a mis ruegos...
¡Llora tu anciana, inconsolable madre,
Tu triste madre a quien amar decías;
La que otro tiempo dirigió tus pasos,
Te dio sus brazos, te ofreció su seno;
La que a hablar te enseñara, y muchas veces
Con su canto las lágrimas calmaba,
Que arrancó de tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso.
Beba tu labio pálido y helado,
Que otro tiempo mis pechos oprimiera,
Jugo que nutra y tu dolor mitigue,
Cual tu infancia nutrió la leche mía!»

-«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre su torneado seno...
De leves ninfas saltadores coros!...
¿Lo sabes, madre mía? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa...
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas y sonoros cantos!...
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?
Ya no veré esos brazos, esas flores,
Ni los cabellos, ni los pies desnudos,
Blancos y delicados... Conducidme
A los umbrosos bosques de Erimanto,
Y allí contemple a la doncella hermosa
Por la postrera vez... Alzarse vea
Del humo de su hogar larga columna;
Allí acompaña a su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando
Su tranquila vejez. ¡Dioses! la veo
El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego a lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro, donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil.
¡Qué hermosa faz! ¡Qué dulces son sus ojos!
¡Ay! ¿llorarás así sobre mi tumba?
¡Ah! si exclamases, bella de las bellas:
«Crudas con mi amador fueron las Parcas.»

-«¿Conque es Amor insano, oh hijo mío,
Quien así crudamente te ofendiera?...
¡Hijo mío infeliz! Débiles somos,
Mas siempre nuestro amor al hombre hiere;
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas, dime: ¿en la espesura de Erimanto
Qué virgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
Antes que tus mejillas marchitara
La dolencia fatal?... Habla, hijo mío.
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
O Irene rubia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dafnis...»

-«Calla, madre,

Calla, que es orgullosa, es inflexible;
Como las inmortales, bella, altiva.
Por ella mil amantes anhelaron,
Y la amaron en vano... Como ellos,
Yo altanera respuesta hubiera oído...
No lo sepa jamás... Pero oye, madre;
Mira cuál pasan, ¡ay! mis tristes días;
Mi ruego escucha, ven en mi socorro;
Yo muero... ve a buscarla... que tu rostro
Y tu vejez la imagen de su madre
Traigan a su memoria. El canastillo
Toma, y en él los más preciados frutos,
Y el Eros de marfil, la copa de onyx,
De nuestra choza espléndido ornamento.
Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazón, y lánzale a sus plantas.
Dila quién soy y dila que me muero;
Dila que no te resta hijo ninguno,
Abraza de su padre las rodillas,
Implora, gime y en tu auxilio llama
Cielos y tierra, dioses venerandos
Templos, altares y potentes diosas.
Vete; si no consigues ablandarla,

Adiós, mi madre, adiós, no tendrás hijo...
-«Hijo tendré; lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinose, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Después salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y ansiosa,
Gritando desde lejos: -«Hijo mío,
Ya vivirás.» Sentose junto al lecho;
Tras ella sonriendo entró un anciano
Y una virgen después, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hacia el lecho miró, y el insensato
Ocultó tembloroso la cabeza.
Mas ella dijo: -«Amigo, de las danzas

Hace tres días que tu ausencia advierto;
¿Por qué morirte quieres? Tú padeces,
Dicen que sola yo puedo curarte...
Vive y una familia formaremos,
Y tú padre tendrás, tu madre, hija.»

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

